



CONSULTA CRÍTICA

AUNQUE los críticos sean, ó seamos ¡qué diablo! *viboreznos ingratos para España*, como dijo el P. Isla hablando de otros López, no dejamos de tener quien nos consulte, con el objeto, dicen ellos, de que «juzguemos imparcialmente sus obras.»

Yo, aunque indigno, he perdido ya más dramas que pelos tengo en la cabeza, á otros tantos poetas irrepresentables, que «querían saber mi opinión sin ambages ni rodeos.»

Mi opinión solía ser esa: perderles el drama.

En una ocasión, y siento que el hecho no sea todo lo idealista que yo quisiera..., pero, en fin, allá ustedes; en una ocasión dormía yo el sueño de los perezosos— cinco horas después de terminado el de los justos,— cuando... pero esto debe referirse en verso libre y pudibundo, y en el lemosín de Cheste:

Súbito hiere el tímpano sonoro
metal vibrante en címbalo de argen'lo
de menésico fáber; blonda fámula,

arúspice doméstico, á mí llega,
nuncio de visitante no serondo,
y en papiros herméticos manticipio
dimisorias lacónicas que ostentan
el nómen, el prenómen y el cognómen
de un comes, que me otorga ósculo en cifra
sobre el cutis sutil del metacarpo.
Atraviesa cubículos dinteles
el proxena, exitando del vestibulo;
y enhiesto, macrocéfalo, con déficit
en punto á pulcritud indumentaria;
los cométicos bucles salomónicos
claudicantes, cual fléviles folículas
del vegetal patético á Desdémona,
á mí se apropió: yo era supino.
—¿En qué puedo servirle?—dije en prosa.—
Sus falangetes el luctuoso extremo
córneo mostraron, y, agarrado, vide
inérito producto de las máscaras
en hirsuto papel—de barbas vulgo.—
—Este es el drama, pronunció aquel Téspis
digno del carro, hablándome en plebeyo,
y el autor *ego sum*: me recomienda
el crítico don Tal, su buen amigo.
—¿Sois Arcade?—Señor, yo fui sereno
y ahora soy capataz en unas obras.
Suelo ser destajista, y á destajo
escribo dramas para hacerme rico,
y quisiera probar si éste le sirve.
Con el rústico sermo cancelando
la inopinada cláusula, fué mudo.
«¡Por Apolo Esminteo! ¡Vaya un hópite,
de hepática voráGINE un acceso

venciéndome, pensé, de furia alalo
Ampos de Holanda descifendo al cúbito,
manucapi del códice el follaje,
Mas ¡ay! de aquella fámula auricróma
por una culpa lata y mnemotécnica
—tal vez en el Leteo osculó el ánfora—
yacía fuera del templete cúbico
de su jurisdicción, sobre la exenta,
el inefable cóncavo-convexo
receptáculo pródigo al del gástero
producto liquiforme, de vesícula
indígena emigrante y rumoroso.
Flácido el pulso, dígitos enervo,
y el hirsuto volumen claudicante,
en ondas de cristal bebió naufragios.
Al lamentable del ananke griego
fenómeno fortuito, el vate en hórrida
fonética excelsión tocó el cerúleo
cóncavo sideral... Condonaciones
humilde postulé... Mas él, estoico,
—«Gracias, me dijo, la lección comprendo;
ya sé lo que usted opina de mi drama
y mis versos ya sé para qué sirven.»
Y no probando salvamento inútil
al náufrago poema, buscó el éxito
de la cuadra en tinieblas sumergida.
Tropezó con la janua y salió célere.
Yo hundí en las plumas hemisferio an'ípoda,
y del censor fortuito satisfecho,
la extremidad abdominal distensa
hasta las horas tuve meridianas.

Paréceme que no se puede narrar más en culto un
suceso prosaico, pero providencial é histórico.

Mas no todos los autores creen en agujeros. Si el capataz se dió por corregido y curado de su manía poética, sin más que ser testigo de un accidente simbólico, otros no escarmientan aunque les echen encima á sus dislates todo el Lozoya en día de tempestad hidráulica.

Dígalo si no el joven D. Rufino Cachivaches, que sin pelo de barba y *todo* se cree llamado á crear la poesía seria y propiamente descriptiva.

Ayer vino á verme; le recibí, y me dijo:

—Yo vengo á establecerme en Madrid. Quiero poner tienda de poeta descriptivo; tengo poetas que me abonen.

—¡Hombre, no es mala idea! ¿Una prendería de ripios descriptivos en buen uso y á la medida? ¿Cacharrería de la Edad Media? ¿Ropa hecha para quintillas procedentes de empeño? ¿No es eso?

—Sí, señor; eso y mucho más.

—Pues vamos á ver: muestre usted el género.

—Aquí verá usted varios pedazos de púrpura... no hay más que descoserlos y volver á zurcirlos. Por eso me gustan á mí las descripciones inoportunas, porque lo mismo sirven para un roto que para un descosido. Verá usted.

Fué sacando
doña Urraca
una liga
colorada,

media vaina
de tijeras,
un tontillo
de casaca;

quiero decir que fué sacando D. Rufinito quintillas que habían servido para un poemita de la Edad Media vista ordeñar. Y enseñaba los versos y decía:

—Aquí verá usted ahora un romance que sirvió al que lo estrenó para una descripción de una dama que espera á un caballero, de noche, y con luz y escribiendo en su

bufete cuadrado
de relucientes maderas,
que adorna embutido en nacar
en menudísimas piezas,
sentada en sitial de roble
forrada de roja felpa...

Ya ve usted que á este bufete no le falta más que hablar, y lo único que se echa de menos es el precio; yo pienso ponérselo, añadiendo

está la dueña del mueble,
que le costó en buena venta
trescientos maravedises
al acabarse la feria.

También pienso introducir el nombre del fabricante cuando se trata de muebles de lujo, y decir si se venden ó no por comisión.

Y la pluma que en los dedos
á impulsos del alma tiembla

(este ripio no es de marquetería, es idealista, y no me
sirve)

el crujiente pergamino
salpica de tinta negra.

Vea usted otro dato precioso. La tinta fina de escri-
bir en la Edad Media era negra.

A la luz de tres bujías
que un candelabro sustenta

(¡Qué abnegación de candelabro!)

y agita el viento que sopla
de una ventana entreabierta...

¡Qué propiedad! ¡Qué naturalidad! La ventana
entreabierta, ¡y en la Edad Media!... un vientecillo so-
pla... ¡si casi se constipa uno!

Se mira el bello recinto

(¿Qué se mira? ¿Qué español es ese del *bello recinto*?
¡Qué importal!)

de una ancha cámara extensa

¡Esas son cámaras!—¡anchas y además extensas!...
¡Oh, la Edad Media!

los muros con colgaduras
y con tapices las puertas.

O viceversa.

A un lado un suntuoso lecho...

.....
sobre las ropas de Holanda
los cobertores de Persia

.....
sillones en larga hilera,
un oratorio de talla,
cuyas molduras refleja
en la lámpara de azófar.

.....
Un libro de devociones,
escrito en rica vitela.

.....
Un almohadón de damasco.

(Suma y sigue.)



COSAS VIEJAS

Vico está haciendo en el *Español* lo que yo he tenido el honor de pedir muchas veces: está sacando al aire, para que no se apolillen, comedias y dramas dignos de que el público los recuerde de vez en cuando. Algunas de las obras representadas no merecen eterna memoria, ni siquiera una memoria de mucha menor duración, pero no en todo se ha de acertar; y además, se me figura que no es Vico quien tiene la culpa de que se mezclen con las comedias excelentes, otras medianas y otras malas á todas luces, inclusive la del gas.

No hay mal que por bien no venga es un sermón reaccionario de Tamayo, ó por lo menos de D. Joaquín Estevanez, en que nadie adivinaría el talento vigoroso que engendró *Un drama nuevo*; allí se habla de Kant y otros filósofos con la poca oportunidad y con la misma ignorancia del asunto con que suele hablar de filosofía el Sr. Alarcón en sus novelas.

Pero al fin, ¡anda con Dios! *No hay mal que por bien no venga*, aunque obra amanerada, fría y algo cursi, está escrita en buen castellano, tiene su intención y no carece de interés.

Pero *Los soldados de plomo* del difunto Eguílaz no tienen mérito de ningún género, ni lo han tenido nunca, digan lo que quieran ciertos gacetilleros que creen que el mérito se cae, como el color de la ropa mala ó el dorado de las medias cañas.

Dígame la verdad de una vez: no hay ninguna comedia de Eguílaz que llegue á mediana apenas, *La cruz del matrimonio* inclusive. Eguílaz no fué nunca buen poeta dramático; y si se me dice que debo respetar su fama porque se trata de un muerto, respondo que también está muerto y *más muerto*, como si dijéramos, el pobre Comella, y sin embargo, nadie le respeta. No diré que haya que comparar á Eguílaz con Comella como escritor; pero sí se le puede comparar en cuanto difunto.

Tampoco vale decir que el no gustar hoy Eguílaz consiste en que ha cambiado el gusto. Eguílaz nunca fué un buen dramaturgo, y hoy se declara que *ya* no gusta porque no hay una *masa* de gacetilleros y espectadores ignorantes que nos lo imponga. Tan mala era ayer como hoy esa comedia soporífera y de moral á domicilio, que Victoriano Tamayo, cómico bastante malo también (la verdad siempre por delante) ha tenido la mala idea de resucitar.

Vamos claros, repito, si es que lo he dicho antes. Eso del tiempo no es bastante disculpa. Tiempo muy distinto era del actual aquel en que escribió Moratín; y el que no goce viendo bien representadas la *Comedia nueva* y *El sí de las niñas*, es un badulaque un pedazo de corcho. Tiempo ha pasado y mucho ha llovido después que dejó de ser obra de actualidad *Marcela* y no es cosa moderna *Muérete y verás*, ni retrata costumbres de ahora *El que dirán*, ni *Un novio á pedir de boca* es cosa del día, y sin embargo, quien no sepa saborear las finísimas bellezas del teatro de Bretón, será un majadero, pertenezca al siglo que pertenezca, siempre y cuando que entienda el castellano. Señores, no confundir. Las generaciones dejan á la posteridad su caudal de ingenio mezclado con mucha moneda falsa; entre los nombres de los autores justamente alabados vemos los de aquellos que tuvieron crédito por culpa del mal gusto; la gracia está en saber distinguir: si no, la crítica sería pura obra de erudición tratándose de tiempos pasados. Por eso son cosas muy distintas un Menéndez Pelayo y un Cañete. Menéndez Pelayo estudia la antigüedad y admira en ella lo bueno, no por viejo, sino por bueno; Cañete estudia también lo antiguo y embarca de todo; le gusta el queso bueno ó malo, siempre y cuando que tenga gusanos auténticos. He visto muchas veces en la lista estereotipada de nuestros buenos poetas dramáticos, á Rubí y á Eguílaz manó á mano con el duque de Rivas, García Gutiérrez y Tamayo, y

he visto á otros autores medianos codeándose en el papel con Bretón, con Hartzenbusch. ¿Qué tiene qué ver el *Trovador*, inmortal maravilla, y *Don Alvaro*, sublime creación, con *Las querellas del rey sabio*, ridículo drama bufo (ni más ni menos; me ofrezco á dar un curso de literatura demostrándolo) y *doña Isabel la Católica* disparate descomunal, profanación inaudita?

¿Es que la crítica ha de recibir sin beneficio de inventario las preocupaciones del público y de los malos críticos que han sido?



SONETOS

POR ANTHERO DE QUENTAL

HE recibido un tomito de poesías del crítico y poeta portugués Anthero de Qental. Es el mismo autor que hace poco tiempo tuve ocasión de citar en otro periódico con motivo de las poesías del señor Araujo. Segun Anthero de Qental, los versos de Araujo son de los que todavía pueden tolerarse en este tiempo que, segun él, ya no quiere poesía. Tambien los sonetos de Qental son de los que pueden leerse y *deben tolerarse*, como yo creo que eternamente podrán tolerarse y leerse los versos buenos, por muchas vueltas que de la *evolución* y por muy seria y circumspecta que se haga la humanidad.

Después de conocer las ideas de Anthero de Qental, la lectura del índice de sus *sonetos* produce mal efecto, si no se sabe lo que vale el autor. Cualquiera puede creer que se va á encontrar con un poeta filósofo insufrible, de esos que creen que se va á adorar

la peana por el santo, sus versos por la importancia del asunto que tratan. Es más: hay cierta afectación de trascendentalismo en los títulos del índice, y este defecto, que puede pasar en Victor Hugo, donde la grandeza del contenido justifica en cierto modo las pretensiones del rótulo, se tolera con más dificultad en poeta que no ofrezca las garantías de una gloria probada é indiscutible.

Veintiocho son los sonetos de la colección, y entre otros títulos por el estilo, veo los siguientes: *Homo*.—*Mors-amor*.—*Quia aternus*.—*Mors liberatrix*.—*Lo inconsciente*.—*Espiritualismo*.—*Anima mea*.—*Exclusivismo*.—*Logos*.—*Ignotus*.—*Nirvana*.—*Trascendentalismo*.—Este programa, que puede seducir á un estudiante de filosofía y letras de los que tienen en cartera la epopeya filosófica del siglo XIX, hará poner mal gesto á toda persona de gusto, un poco experimentada en materia de poesía docente, didascálica ó tendenciosa, como se dice.

Pero gran injusticia cometería el que sin más, sin pasar adelante, condenase los sonetos del crítico y poeta portugués. A pesar de tanto *ismo* y de tanto latín, Anthero de Quental es lo que se llama un poeta. El estar triste y desengañado del mundo no es un defecto, y acaso no le falte razón.

Diré en dos palabras cómo piensa y siente el poeta portugués: para él no hay más refugio que la muerte; como ha dicho el inventor del género, Hartmann,

cualquiera metafísica que inspira sentimientos y guía la conducta, es una religión. Anthero de Quental tiene, pues, la religión del aniquilamiento universal, y es un creyente fervoroso.

No hay en él ese escepticismo que fué un tiempo patrimonio de los hombres excepcionales, superiores, y que hoy empieza á ser un poco cursi por lo vulgar y fácil; las negaciones de Anthero de Quental no son blasfemias, ni menos esas baladronadas del incrédulo, como las llama, con frase feliz, mi amigo el Sr. Vidart; á lo más á que llega es á una ironía un poco cruda, semejante á la que solía usar Heine cuando hablaba de teología. Todo esto sería muy malo, muy feo, si se notase en el poeta lusitano afectación, fingimiento de una impiedad superior á sus fuerzas; pero no hay nada de esto, ó no hay mucho, por lo menos. En general, se ve que siente lo que dice; que su amarga filosofía, que el expone como cosa amable y llena de encanto, es suya, hija de sus reflexiones y de la propia experiencia. Sobran acaso ciertos términos que recuerdan demasiado las escuelas filosóficas á la moda; términos por lo que algún malicioso pudiera sospechar que Anthero de Quental es pesimista como D. Quijote era caballero andante, á fuerza de leer libros de gente desesperada; pero el malicioso que tal creyese se equivocaría, á lo que entiendo, porque la buena fe aconseja decir que, á pesar de tales apariencias, el autor de estos *Sonetos* siente y piensa por cuenta propia.

Todo ello valdría bien poco, desde el punto de vista literario, si los versos no fueran buenos; pero repito que la mayor parte lo son.

El libro, como conjunto, tiene un defecto: la monotonía. En toda la obra no hay más que un motivo, como dicen los músicos; y, cuando la expresión ha sido feliz una vez, da pena verla repetida en otros sonetos de menos arte. El tema es éste: negación de la teología vulgar y de las afirmaciones racionalistas optimistas. Afirmación del *Nirvana*, de lo *Inconsciente*, con la expresión poética del amor de la muerte. Recordad las hermosas octavillas de Espronceda en la Introducción de *El Diablo Mundo*:

Débil mortal, no te asuste
mi oscuridad ni mi nombre...

y tendréis la fórmula de los *Sonetos*.

Este amor de la muerte, aunque no en el sentido pesimista de este libro, es la característica, si vale la palabra, de la poesía portuguesa moderna. El autor de *Lira íntima*, Araujo, también canta el amor y la muerte en hermosos y muy sentimentales cuartetos.

Si el tema de los *Sonetos* es interesante, en cambio es poco asunto para un libro entero, pues con poca diferencia se desarrolla en todas las composiciones de la misma manera, y no basta la variedad de las imágenes y de las ocasiones en que escribe el poeta para dar

variedad también al fondo. Además, eso de que sean todos sonetos añade no poco fastidio. Esta simetría fatal, de que el lector sabe no ha de salir, le fatiga sobremanera. Toma el libro un aspecto fúnebre de colección de respuestas, salvo el interés poético. Y gracias que no son más que veintiocho sonetos. Hay un poeta, amigo mío, no en el manicomio, no, suelto, que ha escrito más de mil sonetos, muchos más, uno para cada palabra del diccionario y otro para cada hombre que se le antoja célebre, empezando por Aarón y acabando por Zuinglio. Entre los sonetos de Anthero de Quental, los hay sobresalientes, buenos y medianos. Los mejores son aquellos en que el mérito principal consiste en la expresión sencilla, concisa y directa de un sentimiento natural y vivo. En éstos el autor llega a la altura del mejor poeta moderno, salvo Victor Hugo, que haya escrito versos con asunto análogo. Así, por ejemplo, las mejores composiciones de esta colección me recuerdan algunas estrofas de *Los gritos del combate*, de *La Visión de Fray Martín* y del *Idilio* de Núñez de Arce. ¡Cosa extraña! El mejor de todos los sonetos, sin duda, es el que este poeta ateo consagra a la Virgen Santísima *Cheia de Graça, Mãe de Misericórdia*. El mérito de esta poesía excede los límites de la retórica; la hermosura íntima que hay en ella, mejor se entiende que se explica.

Nótese que se trata de un poeta que no tiene ya más fé que la de la muerte, y que en una especie de *salto*

atrás, que existe en psicología como en etnología, dice con todo el corazón:

Num sonho todo feito de incerteza,
De nocturna é indizível anciedade.
E que eu vi teu olhar de piedade
E (mais que piedade) de tristeza...
Nao era o vulgar brilho da beleza,
Nem o ardor banal da mocidade...
Era outra luz, era outra suavidade,
Que até nem sei se as ha na natureza...
Un místico sofrer... una ventura
Feita so da perdao, so da ternura
E da paz de nossa hora derradeira...
O visao, visao triste e piedosa!
Fita me assim calada, assi chorosa...
E deixa-me sonhar a vida inteira!

En este soneto no hay ni una ráfaga de ironía; hay puramente caridad sublime; es la plegaria del que no cree ante la imagen de la religión perdida, plegaria de una sublime dulzura y tristeza, en que no hay nada de fanatismo ni nada de ese humorismo sarcástico que sólo se puede tolerar en los genios, y no siempre.

Entre los mejores también pueden colocarse los sonetos: *Espiritualismo*. Son pesimistas, pero en ellos hay recuerdos de amor triste para el ideal. Parece que el poeta se rinde, á su pesar, á la evidencia de las verdades amargas que, según dicen, va descubriendo la ciencia de nuestros días. Hé aquí los dos tercetos del se-

gundo soneto, malamente traducidos, pero casi á la letra, con los mismos consonantes:

«Tú morirás también. Un ¡ay! supremo
En la noche de horror que envuelve el mundo
Va á resonar, y tu perfume *extremo*
En el vacío morirá disperso,
Como aliento final de un moribundo,
Como último estertor del Universo.»

(Las asonancias son cosa del poeta.)

Entre los sonetos que coloco en segundo lugar, estan aquellos que son principalmente apreciables por la forma. En ellos el asunto es lo de menos, la triste creencia del poeta; el mérito está en que en ellos ha huído las dificultades de abstracción á que podía inclinarle el objeto, envolviendo el pensamiento en imágenes vivas y felices, y en rotundos versos de elegante frase.

Ejemplo de los de esta clase son: *Anima mea*, uno de los mejores en punto al desempeño poético; *Mors-amor*, *Divina Comedia*, *Homo* y *No Circo*, que es excelente. *No Circo* y *Divina Comedia* parecen de lo mejor que ha escrito Heine en esta materia semifilosófica.

Por poco digo yo aquí lo que muchos prologuistas aseguran, sin creerlo: que no saben en qué escoger, y que quisieran copiarlo todo.

Yo aconsejo al lector que lea todo el libro, y me limito ya, en punto á copiar, á la traduccion literal de

Homo, que es el primer soneto de la colección. No es de los mejores, pero tiene cierta originalidad, y puede decirse que da el *tono* de todo el libro.

Dice así:

(Dejo el consonante por la fidelidad.)

HOMO

Ninguno de vosotros me conoce,
Astros del cielo, ramos de la umbria;
No interpreta ninguno mi plegria,
No adivina ninguno mi secreto...
Nadie sabe quién soy... aunque parece
Que ha diez mil años ya, siempre lo mismo,
Me ve pasar el mar, me ven las rocas,
Y la aurora riente me contempla...
Soy pasto de la tierra monstritoso;
Del *Humos* primitivo y del misterio
Casual engendro, que nació sin padres...
Mezcla infeliz de brillo y de tinieblas,
Soy tal vez Satanás; — tal vez un hijo
Bastardo de Jehová; — tal vez *Ninguno!*

He dicho que algunos de los sonetos no pasan de medianos. Es cierto; son aquellos en que pensamientos expresados ya de modo más poético, se repiten con menos corrección, con más énfasis ó con menos vida en las imágenes. Sirvan de ejemplo los titulados: *Disputa en familia*, donde la ironía no es de buen gusto, y que parece imitación poco feliz de algunos versos de Víctor Hugo en *Religion et religions*. Tampoco me gustan

mucho algunos de los sonetos del *Elogio de la Muerte*, ni *Lo inconsciente*, ni *El Converso* (donde hay amaneramiento y algo de *baladronada*) ni *Ignotus*, ni *Nirvana*. Y probablemente esos serían los que sedujeran al hipotético estudiante de filosofía y letras de que dejo hecha mención.

Para concluir: si yo fuese poeta, traduciría con mucho gusto al castellano estos *Sonetos* de Anthero de Quental, para contribuir á una cosa muy necesaria: á que los pueblos hermanos que no quieren todavía unirse, poéticamente se fueran conociendo y apreciando, y poder así empezar por lo mejor y principal: por la unión de los espíritus.